

## CELEBRAR EL MEMORIAL DEL SEÑOR

Celebrar la Eucaristía, Memorial del Señor ha sido, es y será siempre, actuar el misterio pascual de Cristo presencianzo en el aquí y ahora lo que Él realizó una vez por todas. En el mundo en el que hoy nos toca vivir, desde la perspectiva de la fe y dentro del ámbito de la comunidad eclesial, creo pueda servir de ejemplo y ser alentador a la hora de dar testimonio de lo que somos, creemos, celebramos y vivimos como cristianos del s. XXI, tener presente la actitud y comportamiento de aquellos creyentes de los primeros siglos porque, sin duda, servirán de ejemplo estimulante y animarán a celebrar y participar en la Eucaristía, sacramento de comunión, con una actitud seguramente bien distinta de la que no infrecuentemente puede apreciarse en no pocas de nuestras celebraciones; ser conscientes, no olvidar y sí recordar siempre lo que tan clara y sencillamente nos dice la canción: “la misa no termina aquí en la Iglesia”.

Para comprenderlo mejor y acaso estimularnos más a gustar lo que hoy celebramos, bastará recordar alguna de las situaciones en las que se vieron envueltos los cristianos de los primeros siglos. Aquellos nuestros predecesores que eran perseguidos, apresados y muchos de ellos martirizados por el mero hecho de ser cristianos, pero no obstante todo, seguían con su fe y aunque fuera por la noche y a escondidas, celebraban la Eucaristía. En una de esas celebraciones nocturnas fueron sorprendidos e interrogados por los soldados y su respuesta no se hizo esperar: “*Nos sine dominico non possumus*”: *no podemos vivir sin el día del Señor*, es decir, sin celebrar la Eucaristía.

Esta fue la ejemplar y en aquel momento, atrevida, comprometida y arriesgada respuesta de Octavio Félix, dueño de la casa donde cuarenta y nueve cristianos fueron sorprendidos mientras celebraban la Eucaristía presididos por el presbítero Saturnino el año 304 en Abitinia, norte de África, durante la persecución del emperador Diocleciano.

Las actas del proceso que contra ellos se llevó a cabo constatan la firmeza de aquellos cristianos en su inquebrantable fidelidad al imperativo de Cristo: “Haced esto en memoria mía proclamando su muerte hasta que vuelva”(1Co 11,26). Fieles a lo que realmente creían y celebraban, manifestaron su disponibilidad a morir por el Maestro antes que privarse de celebrar su fe.

Dada la situación en la que hoy nos encontramos como creyentes, he pensado que este tema de la celebración eucarística, de capital importancia para la vida cristiana, puede ser de su agrado e interesante y sobre todo servir en la vida de fe y ayudar a vivirla, porque conlleva profundizar sobre lo que celebramos: la Eucaristía, sacramento de amor y de comunión, signo de unidad y vínculo de caridad contemplada desde la perspectiva teológico-litúrgica-espiritual, es decir, interrogarnos: *qué celebramos y cómo celebramos* lo que creemos y profesamos. Probablemente surgirán interrogantes y diversidad de preguntas porque, si somos sinceros, tenemos que confesar, probablemente todos o casi todos, que no siempre somos realmente conscientes de lo que celebramos ni de cómo lo celebramos. Y no se trata de culparnos o culpar a nadie, no, sino más bien de concienciarnos, es decir, de darnos cuenta de lo que se actúa en la celebración: el **misterio de nuestra redención** y al mismo tiempo intentar poner en práctica lo que deseó y por lo que tanto trabajó el Vaticano II: la “**participación plena, consciente y activa** en las celebraciones litúrgicas” (SC n. 14). Para nosotros hoy se trata de concienciarnos que la *celebración*

*de la Eucaristía es verdaderamente el centro de toda vida cristiana, no solo a nivel individual sino a nivel de comunidad eclesial.*

1. La Eucaristía: institución y celebración en los primeros siglos.

2. La Eucaristía en nuestro tiempo.

Conclusión

## **1- La Eucaristía: institución y celebración en los primeros siglos.**

Aunque solo sea brevemente, hacemos una incursión en la historia y traemos a la memoria algunos episodios de aquellos tiempos de persecución. Todos hemos leído y escuchado los textos de la Escritura que hacen referencia a la institución de la Eucaristía y seguramente, todos hemos estudiado y participado en conferencias sobre quién fue y qué hizo Jesús de Nazaret durante los años que vivió en este mundo, especialmente los tres años de su vida pública y nos hemos parado a meditar más de una vez o acaso muchas en aquella noche en la que aquel joven, rodeado de sus más íntimos seguidores, a quienes Él mismo había elegido, la noche en que iba a ser entregado, sentado a la mesa con sus discípulos, celebró su última cena, “tomó pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo que se da por vosotros: “Haced esto en memoria mía” y lo mismo hizo con el cáliz (1Co 11,24-26; Lc 22,19-24).

Lo que Jesús celebró con sus apóstoles bajo los signos de pan y vino, lo realizó al día siguiente en su cuerpo. Se dio en comida y bebida a los suyos y se entregó por ellos y por todos los hombres hasta morir en la cruz, llevando así a cabo el misterio escondido en Dios desde toda la eternidad y revelado en Cristo: la **salvación de los hombres**. Cena, pasión-muerte-resurrección fueron signos visibles y prueba tangible del amor divino e infinito de Dios en favor de los hombres. Era Dios y se hizo hombre, evento que con tanta alegría celebramos todos los años en la fiesta de Navidad. Por la encarnación del Logos ha quedado divinizada la humanidad de Cristo y con ella y por ella la humanidad entera. Qué bien nos lo recuerdan y exponen los Santos Padres sobre todo cuando tratan del tema y se refieren específicamente a la Navidad. Tan solo alguna referencia porque sería muy larga la lista de textos y excedería el objetivo propuesto.

S. Ireneo: *“El Verbo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, en su inmenso amor ha asumido lo que nosotros somos para elevarnos a lo que Él es”* (Adversus Haereses 5: PG 7,1120).

S. Agustín: *“Asumió lo que no era permaneciendo en lo que era”* (Ser 184,1: PL 38,186; 186,2: PL 38,1000).

¿Quién era? Dios; ¿qué asumió? lo que no era: la humanidad. Así el Eterno asume lo temporal y lleva lo temporal a lo eterno; la vida aceptó la muerte y la muerte quedó vencida llevando así a los mortales a la vida; la gracia venció al pecado, que es **separación**, ingreso en la **soledad**, regalando su gracia, que es **comunión**.

S. León Magno: *“...el descenso de Dios a lo humano ha provocado el ascenso del hombre a lo divino”* (Ser 27,2: PL 54, 218).

Jesús, el Hijo de Dios, después de asumir lo que no era, pasados unos años en esta tierra y antes de pasar de este mundo al Padre, llegó a uno de los momentos claves de su existencia: los acontecimientos que le llevarían a despedirse de este mundo asumiendo voluntariamente la muerte y resucitando al tercer día como había preanunciado. Mandó preparar la cena y después de la celebración aceptó el camino

que le llevó a la pasión, al paso por la cruz y la muerte, pero Dios, su Padre, no le abandonó sino que le resucitó y sentó a su derecha.

Lo que celebró Jesús de Nazaret con sus discípulos es lo que celebra hoy su comunidad, la Iglesia, es decir, su **memorial**, actuamos aquí y ahora para nosotros lo que Él celebró, lo que Él actuó, lo mismo que celebraron y transmitieron sus discípulos a través de los siglos. En nuestras celebraciones hemos de tener presente que no se **repite** nada. “Jesús murió una sola vez y actuó la redención eterna” (Hb 9,12), y eso mismo es lo que nosotros **actuamos** en cada celebración bajo el velo de los signos. No hay otro sacrificio, es el mismo que él llevó a cabo en su cuerpo, entregándose **voluntariamente** por los hombres. Por eso cuando celebramos el *Memorial del Señor* ponemos en acto la obra de la redención. Así nos lo narra ya una oración del famoso *Sacramentario Veronense* (s. VI): “Cuantas veces celebramos este sacramento se actúa la obra de nuestra redención”. Oración, que según la opinión de la inmensa mayoría de los estudiosos, está revelando a su autor: San León Magno.

Esta acción tan maravillosa la celebraron los primeros, aquellos que llamados por el mismo Jesús le siguieron, convivieron y acompañaron participando con Él en la celebración de la primera Eucaristía y que luego nos transmitieron. El apóstol Pablo ofrece un testimonio magnífico hacia el año 50, cuando habla ya de transmitir lo que él había recibido (tradición): “Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre, es decir, el cuerpo que se da por vosotros, haced esto en memoria mía...” (1Co 11,23-26). Esto está referido a la Eucaristía. Los Hechos de los Apóstoles narran cómo la primera comunidad cristiana “acudía asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la *fracción del pan* y a las oraciones” (1Co 2,42). *Fracción del pan* es otro nombre de la Eucaristía.

Fueron pasando los años, los siglos y el número de creyentes iba creciendo; al mismo tiempo aumentaban también los enemigos que no se conformaban con simples amenazas sino que les perseguían hasta el martirio pero ellos, no obstante el peligro, seguían creyendo y celebrando la Eucaristía. Tenemos muchos ejemplos, basta abrir un libro de historia que hable del imperio romano y nos encontramos con las persecuciones y el ejército de mártires: los apóstoles, luego sus seguidores, hasta nuestros días; basta mencionar los cristianos que con tanta frecuencia mueren martirizados en África y otros lugares a causa de su fe.

Ya mencionamos al principio el famoso episodio de los mártires de Abitinia, norte de África, año 304, durante la persecución del emperador Diocleciano. Cuánto estimaban, y cómo amaban y vivían la Eucaristía pues no obstante el peligro de muerte, no dejaban de celebrarla. Y seguramente también nos viene a la mente el recuerdo de la valiente, arriesgada y ejemplar respuesta que el dueño de la casa Octavio Félix dio a los funcionarios romanos que les sorprendieron mientras celebraban la Eucaristía: “*Nos sine dominico non possumus*”: *no podemos vivir sin el día del Señor*, sin celebrar la Eucaristía. El vocablo *dominicum* preferido por aquellos mártires significa que el día establecido para la asamblea era el día del Señor (cf. Ap 1,11) Aquellos cristianos testimonios del Resucitado y heraldos del Evangelio, por encima del mandato del emperador, cuyos preceptos incumplen por ser contrarios a los de Cristo, arriesgan sus vidas testimoniando así su fidelidad al imperativo del Señor: “Haced esto en memoria mía” (1Co 11,24).

Conocemos el incontable ejército de mártires que nos ha precedido a lo largo de la historia, siguiendo a Cristo y en fidelidad a su mensaje. En todas las épocas han existido cristianos dispuestos a entregar sus vidas por Cristo y su

mensaje. La fortaleza de todos ellos era la **fe**, la **confianza** en Cristo y la **fuerza** de la Eucaristía que celebraban. Ha sido una constante a lo largo de la historia. En nuestro hoy podemos ver que tampoco faltan casos en un país u otro en los que se sigue matando a los seguidores de Cristo. Más aún, seguramente hoy es mayor el número de mártires que el de los primeros siglos pues no pasa mucho tiempo, a veces, apenas unos pocos días, sin que aparezca la triste noticia del asesinato de cristianos y precisamente *por ser cristianos*, no obstante vivir en el siglo XXI y escuchar constantemente el cacareo exigente de la libertad religiosa. Todo esto inmediatamente nos trae a la mente los asesinatos, tan frecuentes en nuestros días, causados por miembros de ciertos grupos extremistas islámicos. Estamos en el s. XXI y no obstante todo, aquí tenemos esta triste, lamentable y dura realidad. Si algún día nos tocara a alguno de nosotros, tengamos siempre presente la máxima apostólica, seguida más tarde por los mártires de los primeros tiempos del cristianismo y de tantos otros que la han seguido a través de los siglos hasta hoy: *“Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”* ( Hech 5,39); o la respuesta de los mártires de entonces y de hoy: *Hay que obedecer a Dios antes que al señor, sea emperador o cualquier tipo de gobernante.*

La celebración eucarística, *sacrificio sacramental y sacramento sacrificial*, actuación del misterio pascual de Cristo en el aquí y ahora, es la acción litúrgica por excelencia de la que dimanan las demás y a la que todas se dirigen; es el **corazón de la vida cristiana** y de toda la liturgia, fundamento firme y seguro de la vida del creyente y al mismo tiempo de la edificación eclesial (cf. LG n. 2) y centro de la comunidad cristiana.

La Eucaristía es la acción que nos mandó celebrar Jesús de Nazaret, el Maestro y Señor y que a través de los siglos se viene celebrando mediante la acción litúrgica por lo cual: “La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC n. 10). Somos Iglesia y en Iglesia celebramos la Eucaristía que, como celebración, es la acción esencial y clave de la vida de la Iglesia, pues actualiza el misterio de Cristo, lleva a cabo la glorificación de Dios y la santificación de los hombres. La Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia a su vez celebra la Eucaristía. Allí donde falte la Eucaristía, antes o después pero pronto, dejaría de existir la Iglesia porque la Iglesia es comunidad de comunión y si falta la Eucaristía, *“sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad”*, que dice S. Agustín, se acabó la comunidad de comunión.

## 2.- La Eucaristía en nuestro tiempo.

Después de tantos siglos puede ser que nos interroguemos alguna vez o nos pregunten: y hoy ¿qué celebramos? y sin duda alguna, pues como creyentes lo sabemos bien y estamos convencidos, responderíamos inmediatamente: lo mismo que se celebraba en la era apostólica y en todos los siglos que nos han precedido. Celebramos la **Pascua de Cristo, Memorial del Señor**, la **obra de nuestra redención**. Y esto no fue una ocurrencia de nuestros antepasados ni invención nuestra hoy, sino que es creer, obedecer y cumplir el imperativo del mismo Jesús al instituir la Eucaristía: “Haced esto en conmemoración mía”. Sobre este tema, dada su capital importancia, se han escrito y se escriben multitud de libros y artículos, se ofrecen conferencias, se dan retiros y tandas de ejercicios espirituales. Referente al tema eucarístico es esclarecedora y acertadísima una frase de Benedicto XVI que lo resume maravillosamente al hablar de la relación entre el *ars celebrandi* y *actuosa*

*participatio* (arte de celebrar y participación activa) que dice: “*La mejor catequesis sobre la Eucaristía es la misma Eucaristía bien celebrada*”.

Dada la importancia de la celebración eucarística me parece interesante recordar algunos de los abundantes documentos procedentes de la Santa Sede sobre la Eucaristía bien directamente del Papa o de las Congregaciones. Ciertamente que todos los Papas han tenido presente y han exaltado, de una manera o de otra, la excelencia de la Eucaristía y se han esforzado por llevar a los fieles a la celebración. No es posible detenerse y analizar ni discursos, ni charlas, ni homilías ni el contenido de los documentos y mucho menos los escritos de alguno de ellos, se necesitaría mucho tiempo y muchas páginas y no es el momento, pero sí me parece importante mencionar, aunque no sea más que algunas de las principales intervenciones procedentes de Papas del s. XX y del inicio del s. XXI. Todos han reconocido la centralidad y subrayan la importancia del misterio eucarístico.

**León XIII.** El gran Papa de finales del s. XIX y principios del XX, conocido sobre todo por la famosa encíclica “*Rerum Novarum*”, que tanta repercusión ha tenido en el ámbito social. Al inicio del s. XX, el 26 de mayo de 1902, publicaba la encíclica “*Mirae Caritatis*”, sobre la Eucaristía, dividida en tres partes: I. La Eucaristía, fuente de vida para la humanidad; II. La Eucaristía hace brotar las virtudes cristianas; III. La Eucaristía es el centro de la Iglesia.

La pretensión del Papa entonces era dejar bien claro algunos aspectos de la Eucaristía, sobre todo cuanto se refiere a sus efectos soteriológicos (salvíficos) en el seno de la Iglesia. Subraya como efecto principal la *vida nueva en Cristo*. Señala la “diferencia entre el alimento del cuerpo y el del alma; el alimento del cuerpo se transforma en nosotros, el del alma (la Eucaristía), en cambio, nos transforma en Él”. Esta es la categoría de nuestra celebración eucarística, diferente esencialmente de cualquier otra comida o manjar por muy exquisito que sea, pues cuando lo comemos se transforma en quien lo come, mientras que la Eucaristía es todo lo contrario, puesto que cuando se recibe se transforma en ella a quienes la reciben. Así pues, en la Eucaristía recibimos a Cristo pero no le convertimos en nosotros sino que nos convierte en Él y en Él los participantes formamos su cuerpo místico, la Iglesia.

**S. Pío X.** Subrayar tan solo lo que muchos seguramente recuerdan todavía hoy, el grandísimo interés, esfuerzo y preocupación que en el primer cuarto del siglo pasado animó a S. Pío X con una finalidad: animar y tratar de llevar a todos a la Eucaristía, en especial a los niños.

**Pío XII.** Reconociendo la importancia de la liturgia y la acción principal que en ella se celebra: el Memorial del Señor, revisó las normas entonces existentes sobre el ayuno eucarístico (1953 y 1957), pasó la vigilia pascual al horario nocturno original (1951) y permitió la celebración vespertina dominical (1953). Referente al campo litúrgico promulgó dos encíclicas: “*Mediator Dei*”, 20 de noviembre de 1947 y “*Humani generis*”, 1950.

En la *Mediator Dei* trata de la naturaleza, origen y progreso de la liturgia. Pone un principio base: “El deber fundamental del hombre es ciertamente el de orientarse y orientar la propia vida hacia Dios”. Esta es la tarea principal de la liturgia cristiana: **orientar el hombre hacia Dios**. “La sagrada liturgia es el culto público que nuestro Redentor rinde al Padre como cabeza de la Iglesia y el culto que la sociedad de fieles rinde a su cabeza y por medio de él al Eterno Padre: en resumen, el culto integral del cuerpo místico de Jesucristo, es decir, de la Cabeza y los miembros”. Participar en la misa no significa “hacer cualquier cosa” sino **reproducir** en la propia

vida el sacrificio redentor de Cristo que se nos da a través del sacramento. “El sacrificio eucarístico consiste esencialmente en la inmolación incruenta de la víctima divina...La santa comunión pertenece a la integridad del sacrificio y la participación en él por medio de la comunión..” La liturgia está sometida a la fe y es una altísima expresión de ella. Pío XII pone en la Santa Sede el derecho exclusivo de reformar la Liturgia a la vez que da a entender que el Papa tiene el derecho-deber de ser el custodio y garante de la sagrada liturgia indicando así la necesidad de vigilar siempre para evitar que en ella se infiltren “perniciosos y sutiles errores de un falso misticismo y de un nocivo quietismo y para que las almas no sean seducidas por un peligroso humanismo”.

La “*Humani generis*”, 1950, aunque no esté directamente centrada sobre la liturgia, teniendo en cuenta las diversas interpretaciones surgidas sobre la doctrina de la transubstanciación, el Papa, profundamente preocupado, intenta evitar la caída en error a los teólogos debido a algunas interpretaciones en torno a la *transubstanciación* y por ello excluye la posibilidad de interpretarla en sentido meramente simbólico.

**Pablo VI.** Gran parte de los que hoy vivimos en este mundo recordaremos algunos de los viajes realmente importantes, pero sobre todo, que fue el Papa que llevó felizmente adelante y clausuró el concilio Vaticano II, iniciado el 11 de octubre de 1962 por su inmediato predecesor Juan XXIII y clausurado por Pablo VI el 8 de diciembre de 1965.

El 3 de septiembre de 1965, publicaba la encíclica “*Mysterium fidei*”, dedicada a la doctrina y culto de la Eucaristía, documento que consta de un prólogo y siete capítulos. Es una exhortación encaminada a promover el culto eucarístico. Faltaban pocos meses para la clausura del Vaticano II. Pablo VI ya tiene en cuenta la reforma litúrgica conciliar, tengamos presente que ya el 4 de diciembre de 1963 fue aprobado el primer documento conciliar la “*Sacrosanctum Concilium*”, precisamente sobre la Liturgia, documento que consta de 130 números y un apéndice que contiene una declaración del concilio sobre la revisión del calendario litúrgico ofreciendo la posibilidad de elegir un domingo fijo para la celebración de la Pascua, con tal que den su asentimiento todos los que están interesados, especialmente de los hermanos separados de la comunión con la Sede Apostólica. Hasta hoy todavía nada ha cambiado.

El Papa, en conformidad con lo que había aprobado la constitución conciliar, centra la liturgia en el misterio eucarístico: “Si la sagrada liturgia ocupa el primer puesto en la vida de la Iglesia, el misterio eucarístico es como el corazón y centro de la sagrada liturgia”. Pablo VI subraya que el Vaticano II ha exaltado el aspecto *sacrificial* y el *sacramental* de la Eucaristía y espera que de la reforma litúrgica broten en los fieles abundantes frutos de piedad eucarística. En síntesis afirma: “En el misterio eucarístico está representado de modo admirable el sacrificio de la cruz consumado una vez por siempre en el Calvario y cuya virtud salvífica viene aplicada en remisión de los pecados que se cometen diariamente”.

**Sagrada Congregación de Ritos.** Dos años después de la *Mysterium fidei*, publicaba el 25 de mayo de 1967 la Instrucción “*Eucharisticum Mysterium*” dedicada al culto eucarístico. El proemio ofrece una síntesis de los recientes documentos de la Iglesia en materia eucarística afirmando que el contenido doctrinal debe ser firmemente mantenido y traducido en la reforma litúrgica querida por el concilio. La

Instrucción recuerda y reafirma que la misa *sacrificio* y *sacro banquete* pertenecen al mismo misterio. La Instrucción tiene como finalidad fundamental recordar la doctrina integral eucarística de modo que las normas litúrgicas traduzcan la profundidad de la realidad del sacrificio sacramental. La primera parte expone los principios generales a tener presentes, en particular, la *catequesis* sobre la Eucaristía. Finalidad: que los pastores impartan un buen conocimiento de este misterio, para lo cual deberán tener presente el conjunto de la doctrina de la fe contenida en los documentos del Magisterio y profundizar también en el corazón y con la vida en el espíritu de la Iglesia sobre dicho argumento. “La catequesis sobre el misterio eucarístico debe tender a inculcar en los fieles que la celebración de la Eucaristía es el centro de toda vida cristiana”. La Instrucción tiene como punto de apoyo muchas citas procedentes del Vaticano II. Menciona las dos partes de la misa: liturgia de la Palabra y liturgia Eucarística que forman un solo acto de culto.

Los textos del Magisterio dan una imagen misteriosa del sacramento. La misa no es un rito sin más ni una acción manipulable según el propio gusto, ya sea del que preside o de la asamblea; ni es tampoco un ejercicio de fantasía en el que se expresa la creatividad de una comunidad particular. La participación activa en la liturgia es ofrecer la hostia en unión del celebrante que es el sacerdote ordenado. La Instrucción clarifica que el máximo de participación activa consiste en la comunión sacramental. Es preciso también respetar fielmente las normas litúrgicas pero evitando el rubricismo como fin en sí mismo

La tercera y última parte del documento ofrece indicaciones sobre el “Culto de la santísima Eucaristía como sacramento permanente”. En esta parte indica el motivo originario por el cual se conservan las especies consagradas entre las que destaca la disponibilidad para la administración del viático a los enfermos y como fin secundario, la distribución de la comunión fuera de la misa, que no debe ser negada a quien lo pida por justo motivo, para animar y facilitar la adoración eucarística.

**Juan Pablo II.** De las enseñanzas de Juan Pablo II sobre la Eucaristía, de la que habló en multitud de ocasiones, señalar los dos documentos más importantes en relación con el tema: Carta apostólica *Dominicae Cena* y la encíclica *Ecclesia de Eucaristía*.

La Carta apostólica “*Dominicae Cena*”, 24 de febrero de 1980, es un documento dedicado al tema del misterio y culto a la Eucaristía. Tiene tres partes: I. El misterio eucarístico en la vida de la Iglesia y del sacerdote; II. Índole sagrada de la Eucaristía y el sacrificio; III. Las dos mesas del Señor y el bien común de la Iglesia. La Eucaristía es la principal razón de ser del sacramento del sacerdocio que nació en el momento de la institución de la Eucaristía. El sacerdote ha tenido y tiene muchos cometidos pero existe principalmente en relación a la celebración eucarística en la que actúa su ministerio en el altar.

La Encíclica “*Ecclesia de Eucaristía*”, 17 de abril de 2003, primera encíclica sobre la Eucaristía del s. XXI. Su finalidad no es exponer toda la doctrina sobre la Eucaristía sino mostrar la relación entre Eucaristía e Iglesia. El documento está estructurado así: Introducción; I. Misterio de la fe; II. La Eucaristía edifica la Iglesia; III. Apostolicidad de la Eucaristía y de la Iglesia; IV. La Eucaristía y la comunión eclesial; V. El decoro de la celebración eucarística; VI. A la escuela de María, Mujer “eucarística”. El documento empieza con un enunciado de principio: “*La Iglesia vive de la Eucaristía*”. Ella es en el fondo, como dice el Papa, el “núcleo del misterio de la Iglesia”. Juan Pablo II pretende despertar en el seno de la Iglesia el *estupor eucarístico* que consiste en considerar que en la Eucaristía “el mundo salido de las

manos de Dios creador vuelve a Él redimido por Cristo” y por eso toda misa tiene un valor cósmico, porque la Eucaristía es siempre celebrada, en un cierto sentido, sobre el “altar del mundo”. La Eucaristía es el gran misterio de la fe. La Misa, Eucaristía o Memorial del Señor es verdadero sacrificio. “Desde el perpetuarse en la Eucaristía el sacrificio de la cruz y de la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, la Iglesia recaba la necesaria fuerza espiritual para cumplir su misión”. La Eucaristía edificando la Iglesia y la Iglesia celebrando la Eucaristía crean comunidad entre los hombres. La Iglesia, como subraya la teología posconciliar, es comunión de comuniones.

**Benedicto XVI.** El primer Papa elegido en el s. XXI, ha tocado el tema de la Eucaristía en numerosas ocasiones, frecuentemente en las homilías, en varios libros de los muchos que ha publicado y particularmente en dos documentos: La Encíclica *Deus Caritas est* y la Exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis*.

La Encíclica “*Deus Caritas est*”, publicada el 25 de diciembre de 2005, está dedicada al tema de la caridad. Dios es misterio de caridad, Dios es Amor (1Jn 4,8.16). Esta afirmación, según el Papa, representa “*el centro de la vida cristiana*” (n. 1). El documento está dividido en dos partes: I. La unidad del amor en la creación y en la historia de la salvación; II. Caridad-ejercicio de amor por parte de la Iglesia como “comunidad de amor”.

I parte: la fundamentación teológica, permite aplicaciones concretas; la II parte: sobre el amor cristiano. El n. 12 está dedicado a Jesucristo “amor encarnado de Dios”. La obra de Cristo es la revelación y actuación más plena y definitiva del amor de Dios a favor de los hombres. Jesús se ofreció por los hombres y su ofrenda continúa. “A este acto de ofrenda, Jesús ha dado una presencia duradera a través de la institución de la Eucaristía durante la última cena” (n. 13). Recibir sacramentalmente a Cristo implica la inserción en una dinámica misteriosa, la participación al don que Él hace permanentemente de sí al Padre en favor nuestro. “La “mística” del sacramento tiene un carácter social porque en la comunión sacramental yo me uno al Señor como los otros comulgantes...” La comunión me saca de mi mismo hacia Él, y así también a la unidad con todos los cristianos”. De esta consecuencia eclesiológica, bien desarrollada ya por los Padres, deriva que “El amor por Dios y el amor por el prójimo están ahora verdaderamente unidos: el Dios encarnado atrae a todos hacia Él. De esto se comprende que *ágape* sea un nombre de la Eucaristía”...(n. 14). *La Deus Caritas est* no es una encíclica dedicada directamente a la Eucaristía aunque en ella no falten frecuentes referencias.

*Exhortación Apostólica post-sinodal “Sacramentum Caritatis”* publicada el 22 de febrero de 2007. Es una síntesis de los documentos publicados por los últimos pontífices y una exposición de lo tratado en el Sínodo de Obispos (2-23 octubre de 2005) dedicado a la Eucaristía. El documento está estructurado así: Introducción; I. La Eucaristía, misterio a creer; II. La Eucaristía, misterio a celebrar; III. La Eucaristía misterio a vivir. Conclusión.

En ella se puede notar claramente el vínculo entre la estructura de la *Sacramentum Caritatis* y lo que el Papa había afirmado en la encíclica *Deus Caritas est*. La **doctrina** hace referencia y corresponde al misterio en el que se ha de creer; la **liturgia** como ejercicio del sacerdocio de Cristo, al misterio que se ha de celebrar y la **devoción**, en sentido profundo del término, al misterio que se ha de adorar y testimoniar con la vida. Benedicto XVI reafirma su deseo que el pueblo cristiano profundice en la relación entre el misterio eucarístico, la acción litúrgica y el nuevo culto espiritual derivado de la Eucaristía como sacramento de caridad (n. 5). Esto es



de capital importancia porque solo una recta comprensión doctrinal de la Eucaristía favorecerá una celebración digna y solo una liturgia que sepa comunicar el misterio podrá favorecer una vida íntegra de testimonio cristiano en el mundo.

En nuestra participación litúrgica tengamos siempre presente lo que la doctrina nos enseña acerca del misterio que celebramos porque nos servirá de base y ayuda para su mejor celebración sin olvidar que “La Iglesia celebra la Eucaristía y la Eucaristía edifica la Iglesia” sobre lo cual escribe el papa: “La Eucaristía es Cristo que se da a nosotros edificándonos continuamente como su cuerpo... La posibilidad para la Iglesia de celebrar la Eucaristía radica en la donación que Cristo le ha hecho de sí mismo” (n. 14). La Eucaristía es principalmente sacrificio y banquete. El Papa recuerda el primado de la Eucaristía sobre la Iglesia. El misterio de la Eucaristía es prioritario respecto al de la Iglesia. La Iglesia ha de conformarse siempre a la Eucaristía que es el sacrificio de Cristo. El Memorial del Señor, don perfecto, no consiste en la simple repetición de la última cena sino propiamente en la Eucaristía, novedad radical del culto cristiano.

**Cómo celebrar.** Por cuanto hace referencia a la celebración hay que tener en cuenta a quien preside y a quienes participan. Tanto quien preside como quien participa tienen su parte en la celebración que han de ejercer con responsabilidad y siendo conscientes de lo que celebran. En cuanto al celebrante, el documento subraya como sumamente importante la actitud y actuación de quien preside: **modo** de hablar, modo de moverse, de recitar las oraciones, de proclamar la homilía, de dar eventualmente breves comunicaciones, la piedad en el tocar las especies consagradas y en el distribuirlas a los que van a comulgar, la atención en el purificar, la dirección de la mirada durante la plegaria eucarística en particular, el silencio orante; estas y otras son precisamente las actitudes que el sacerdote deberá cuidar.

Las *normas rubricales* deben ser fielmente observadas y deben servir para alejar el riesgo de una incesante creatividad, si bien la creatividad está permitida en algunos momentos, pero el cambiar o introducir a cada momento, además de estar prohibido, puede ser fantasiosa o caprichosa en cuyo caso o casos es siempre dañina, si no está orientada a la objetividad del sacro sino que más bien brota de caprichos o situaciones de ánimo circunstanciales. Tal modo de celebrar es, ante todo, consciente o inconscientemente, pretender ponerse en el centro, es decir, usurpar el puesto central que corresponde siempre al celebrante principal: **Cristo**. Por eso el celebrante, sea quien sea, no debe intentar ni pretender jamás ponerse como centro de la celebración sino conformarse con lo que es; cierto él es quien preside pero no lo hace en nombre propio sino de Cristo. Además ha de tener bien presente que es **servidor** y no dueño de la asamblea que preside.

La celebración eucarística consta de dos partes: Liturgia de la Palabra y Liturgia eucarística que forman un solo acto de culto (OGMR n. 27; SC n. 7; Instrucción *Eucharisticum mysterium* n.9). A su vez cada una de las dos partes consta de diversos elementos. De los momentos que componen las dos partes de la celebración, he elegido de la Liturgia de la Palabra uno, que suele ser el más comentado y en no pocas ocasiones criticado por parte de los fieles: la **homilía**. De la segunda parte por su importancia: las palabras de la consagración y las **epiclesis**.

**La homilía.** Las lecturas de la Escritura y la homilía que las sigue son momentos clave de la primera parte de la celebración. La homilía tiene lugar después de la lectura evangélica. La constitución conciliar “Sacrosanctum Concilium” la

recomienda encarecidamente como parte de la liturgia que tanto en las misas dominicales como en las fiestas de precepto con asistencia de pueblo no ha de omitirse a no ser por causa grave (SC n. 52; OGMR n. 65). Se recomienda también en los días feriales de Adviento, Cuaresma y Pascua o cuando hay afluencia de pueblo (OGMR n. 66). El cometido primordial de la homilía es la exposición de los misterios de la fe a través de los textos sagrados y aplicar el mensaje teniendo en cuenta las circunstancias concretas de la comunidad que escucha. “La homilía normalmente sea tenida personalmente por el sacerdote celebrante” (OGMR n. 66). El homileta ha de procurar, de manera inteligible, interpretar existencialmente, en el hoy eclesial, el mensaje bíblico litúrgico con un lenguaje actual e inteligible. La fuente de la homilía es la Palabra de Dios y los textos eucológicos en íntima unión con la Eucaristía.

El Papa Francisco en la Exortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013, con motivo de la clausura del Año de la fe, tratando de la transformación misionera de la Iglesia hace referencia frecuente al tema de la evangelización con aplicación directa a la predicación y escribe así: “Sobre todo es preciso decir que en el anuncio del Evangelio es necesario que haya una adecuada proporción. Ésta se reconoce en la frecuencia con la cual se mencionan algunos temas y en los acentos que se ponen en la predicación. Por ejemplo, si un párroco durante un año litúrgico habla diez veces sobre la templanza y solo dos o tres veces sobre la caridad o la justicia, se produce una desproporción, por la cual aquellas que vienen oscurecidas son precisamente aquellas virtudes que debieran estar más presentes en la predicación y en la catequesis. Lo mismo sucede cuando se habla más de la ley que de la gracia, más de la Iglesia que de Jesucristo, más del Papa que de la Palabra de Dios” (EG n. 38).

“La homilía, según Juan Pablo II, en la Carta *Inaestimabile donum*, tiene la finalidad de explicar a los fieles la Palabra de Dios proclamada en las lecturas y actualizar su mensaje”.

La homilía, como exhortación, ha de ser una explicación viva, fruto de la meditación, debidamente preparada, ni demasiado corta ni demasiado larga y que tenga en cuenta a todos los presentes (OLM n. 24; EG n. 138). En cuanto a la duración, no hay norma alguna establecida que determine y precise la duración, si bien se recomienda que no debiera exceder los diez minutos. Esto en modo alguno impide que en ciertas solemnidades o celebraciones especiales se traspasen tales límites. La homilía más corta o más larga ha de tener estas cualidades: kerigmática, catequética, parenética y mistagógica. Unas líneas nada más acerca de cada una.

*Kerigmática*: el kerigma indica la primera predicación anunciante de la muerte y resurrección de Jesucristo; conlleva la dimensión profética: anuncio de la buena nueva y denuncia de cuanto a ella se opone.

*Catequética*: encaminada a profundizar en lo kerigmático pero sin confundirla con una clase de exégesis o de teología.

*Parenética*: exhortación y estímulo a imitar a Cristo; disponibilidad a llevar una vida en conformidad con el Evangelio sin caer en formalismos.

*Mistagógica*: tendente a procurar, en lo posible, la inteligencia de lo que en el misterio es comprensible con el fin de introducir a los participantes en él.

Por ser acción cultural, alaba a Dios, expone sus maravillas e invita a la acción de gracias. Acción santificadora porque afianza la fe, alimenta la caridad, confirma la esperanza, dispone y prepara para el sacrificio sacramental.

El elemento caracterizante de la homilía es ser *acción litúrgica* cuya finalidad es el anuncio del misterio total de Cristo, de la *historia salutis* actualizada en la celebración (SC nn. 52.35), exponer la palabra de Dios escuchada y aplicarla a las diversas situaciones en el aquí y ahora. Esta es la razón por la cual ha de ser una exposición aplicada de la Escritura y textos litúrgicos.

La predicación conlleva riesgo y el homileta habrá de afrontarlo con la mejor disposición posible y óptima preparación (EG n. 145). Es realmente penoso ver a los fieles salir, algunas veces, con caras largas de la celebración comentando y lamentando que después de escuchar ciertas homilías regresan a sus casas vacíos, descontentos y en consecuencia desanimados. Pero también es justo referir que hay otras ocasiones en las que tampoco faltan fieles que comentan con satisfacción que la homilía les ha confortado y les anima durante la semana. Tanto predicadores como quienes escuchan saben que no es fácil hablar en público, pero cuando se trata de la homilía cueste más o cueste menos, guste o no, no se puede eludir esta urgente tarea e ineludible exigencia evangélica. Se han realizado no pocas encuestas en torno a la homilía entre fieles de diversas parroquias y es curioso y llama la atención el modo de responder: así algunos dicen que a esa iglesia no vuelven, otros que con este o aquel sacerdote no asistirán a la misa, y muchos afirman que eligen la iglesia por la homilía. El predicador, como buen pastor, ha de tener bien presente que la grey que le escucha no es suya sino de Dios (2Ped 5,2) y ser consciente que el alimento que espera proviene de la Palabra del Señor y por ello, en virtud de su sacerdocio ministerial ha de ser:

- \* servidor de la asamblea que preside.
- \* servidor de la Palabra de Dios que proclama.
- \* servidor del misterio que celebra.

El homileta ha de concienciarse también de lo que conlleva ser servidor y estar convencido que solo se hace bien aquello que se ama y la exposición de la Palabra de Dios exige ese amor, de lo contrario, corre el riesgo de reducirse a una mera transmisión de conocimientos, a una exhibición, a reflejar una situación personal, a exponer temas que no interesan a nadie o incluso reducir la prédica a echar reprimendas. Como es evidente no es ese el contenido ni la finalidad de la homilía. Y para que eso no suceda, ha de tenerse presente que la homilía exige preparación y adaptación. El predicador no debiera olvidar y sí tener siempre presentes las palabras del santo y sabio arzobispo de Valencia, el agustino Santo Tomás de Villanueva (1486-1555): “Quien predica bien pero obra mal, enseña condenándose a sí mismo”. Recordar, meditar también tratando de poner en práctica lo que escribió el célebre obispo de Ginebra, San Francisco de Sales: “Nuestras palabras deben estar inflamadas no por los gritos y gestos descompuestos, sino por la tensión que les aviva interiormente; es preciso que salgan del corazón más que de la boca; se puede hablar bien, pero es el corazón quien habla al corazón; la lengua solo habla a los oídos”.

**Relato de la institución y las epiclesis.** Antes de las palabras de la institución en la plegaria eucarística o canon se recita una epiclesis. Esto es de capital importancia pues sin el Espíritu Santo no es posible la consagración. Para la tradición romana, el elemento esencial e imprescindible de la celebración son las palabras de la consagración en virtud de las cuales el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Las palabras de la institución vienen precedidas de la *epiclesis eucarística* o *consagratória*, es decir, de la invocación a Dios para que envíe el

“Espíritu Santo para que los dones que han presentado los hombres queden consagrados, se conviertan en el Cuerpo y Sangre de Cristo, y para que la víctima inmaculada que se va a recibir en la Comunión sea para la salvación de quienes la reciben”(IGMR n. 79c). Aquí vienen estupendamente las palabras de S. Agustín: “Sacramento hecho visible por la intervención de los hombres, pero santificado por la acción invisible del Espíritu Santo” (San Agustín, *De Trinitate* III,4,10: PL 42,834) .

La explicitación de la epiclesis eucarística en las nuevas anáforas es una feliz introducción y reviste una importancia extraordinaria por doble motivo: por la mención explícita del Espíritu Santo y también por su carácter ecuménico en relación a los hermanos ortodoxos para quienes la epiclesis tiene verdadero poder consagratorio. La consagración de los dones no es fruto de la actividad humana sino de una acción divina.

A continuación viene el relato de las palabras de Cristo en la última Cena “cuando bajo las especies de pan y vino, ofreció su Cuerpo y su Sangre y se lo dio a los Apóstoles en forma de comida y bebida, y les encargó perpetuar este misterio” (IGMR n. 79d).

Las palabras de la consagración no son una simple narración institucional, es decir, un mero relato de un hecho ya acaecido, no, sino una propia y verdadera oración, una acción. El imperativo del Maestro no fue el de narrar, contar o simplemente decir sino hacer: “Haced esto en conmemoración mía. Anunciar su muerte hasta que aparezca glorioso” (1Co 11,26).

Las palabras de la consagración son las mismas en todas las Plegarias eucarísticas. Esta uniformidad se debe a una intervención directa de Pablo VI, que por razones pastorales y para facilitar la concelebración, prefirió las mismas palabras en todas.

La importancia de este momento viene subrayada también, aunque sea un aspecto secundario, por la postura que han de adoptar los participantes que “*estarán de rodillas*” durante la consagración a no ser que lo impida la enfermedad, la aglomeración, estrechez del lugar u otra causa razonable...harán una profunda inclinación mientras el sacerdote hace la genuflexión después de ella...(IGMR n. 43).

A la consagración acompaña el gesto de elevar, mostrar más bien las especies consagradas que antes del concilio y todavía hoy, en algunos lugares, es acompañado del toque de la campanilla. El uso de la campanilla a este momento apareció en Colonia hacia el 1201 y su finalidad no era otra que el intento de atraer la atención al momento de la consagración e invitar a la adoración del sacramento.

Una vez concluida la consagración del pan y del vino, el celebrante proclama:“Haced esto en conmemoración mía” palabras que explicitan el imperativo de Cristo que conlleva celebrar la Pascua del Señor, que en Él es el sacrificio de la cruz y para el hombre salvación y sello de la alianza nueva y eterna que hace posible la comunión con Dios y el retorno al paraíso.

*Epiclesis eclesial o comunional.* Más adelante, en la celebración aparece la segunda epiclesis, en la que de nuevo se invoca al Espíritu Santo pero ya no sobre el cuerpo eucarístico sino sobre el *cuerpo místico* para que cuantos participan del sacramento eucarístico “todos sean uno” (Jn 17,21). En este momento pedimos que se haga realidad el “*unum sint joánico*”, eso que tanto deseamos: la unidad de los cristianos. Hay que recordar que tal unidad es como el testamento de Jesús que quiere “que todos seamos uno para que el mundo crea” (Jn 17,21). A este momento hemos de grabar bien y recordar siempre que tal unidad es como el testamento del Señor que quiere: “que todos sean uno” con una finalidad que el mismo Señor quien

explicita”para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21). Aquí es donde como cristianos que celebramos el sacramento de la unidad podemos percatarnos de la gravedad de la división. Esta epiclesis comunal viene a recordar a los participantes la importancia de la comunión y la urgente necesidad de la unidad. Es la historia quien nos refresca la memoria recordándonos discusiones, luchas e incluso guerras entre cristianos. Ahora tenemos el camino del ecumenismo más llano que en tiempos anteriores pero queda mucho por recorrer. El camino es aún largo y escabroso y en consecuencia difícil de recorrer. Los participantes en el sacramento de la unidad hemos de ser los primeros en allanar el camino, ser constructores de unidad y no creadores o mantenedores de división. En este camino no valen cuevas ni curvas, es decir, no valen disculpas ni cargar las culpas a los demás. Por encima de todo y cueste lo que cueste, está el imperativo del Maestro.

### **Conclusión:**

Hemos visto la categoría de lo que creemos, profesamos y celebramos: el **sacrificio redentor de Cristo**. La celebración eucarística, me guste más o me guste menos, no es tiempo para las **devociones**, como puede ser el rezo del rosario, una novena o una lectura pía. Para celebrantes y participantes hay que subrayar lo principal: la **vivencia** y el **testimonio**, que han de ser la consecuencia, el fruto de nuestras celebraciones. Y aquí hay que decir que: contradice la identidad sacerdotal todo tentativo de ponerse como protagonista de la acción litúrgica. **El protagonista y celebrante principal es Cristo**: los celebrantes lo hacen en nombre de Cristo y los fieles que se acercan a las celebraciones, no han de conformarse con ser meros oyentes o asistentes, también asisten los bancos, sino participar activa, plena y conscientemente. Durante la celebración los fieles han de cumplir cada uno con lo asignado. El que canta cantando, sin olvidar que canta en presencia de Dios, a Dios y para Dios; los proclamadores de las lecturas, preparándolas antes y tratando que todos las puedan escuchar. Los que no tienen nada concreto encomendado, durante la celebración nada de devociones sino máxima atención a lo que se celebra.

Es desagradable y triste ver a veces, y aguantar otras en la iglesia durante la celebración a personas leyendo el periódico o hablando con los que están al lado; y no es tampoco hoy extraño y a veces en momentos de escucha o reflexión después de la homilía o durante el silencio de la consagración oír el sonido o música de algún teléfono que, generalmente, hace enrojecer a quien le suena y molestar cuando no enfadar a quienes lo oyen. No faltan iglesias en las que a la puerta hay un cartelito con este aviso u otro parecido: “Dios no necesita teléfonos”

La Eucaristía es sacramento de **comunión** y exige verdadera **comunión**: Cristo-participantes, participantes-Cristo, participantes-participantes. Tanto celebrantes como fieles han de participar en la Eucaristía, misterio de amor y comunión, testimoniar esa comunión de tal manera que su testimonio de vida al igual que el de los ministros – servidores de la comunidad, haga exclamar a cuantos creyentes o no creyentes les contemplan allí donde les vean: ¡mirad cómo se aman!.